

833  
P.  
LB 775  
.17  
038



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
"ALFONSO REYES"  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

# CARTAS A UNA MADRE



## CARTA PRIMERA

La cena de Passy. — Se habla de los niños. — Incertidumbre sobre el significado de la palabra educación. — Confusión en los métodos actuales. — ¡Cuántos libros sobre educación!... Pero falta uno — Objeción : el educador sin hijos. — ¡ Yo escribiré el libro !

Por qué misteriosa relación, mi querida Francisca, entre lo físico y moral, una comida exquisita que congrega á personas honradas, saboreando á pequeñas dosis buenos vinos, por qué esta satisfacción de animalidad delicada provoca en los convidados dos efectos en los que nada tiene que ver la animalidad, dos manifestaciones integradas por lo que existe en nosotros de más espiritual y noble? Primero surge una sociabilidad afectuosa, el deseo de comunicarse mutuamente la felicidad... Luego aparece el gusto de la especulación pura, de la discusión por el solo amor á las ideas.

Tu amigo el doctor Bertrand-Tasqué daría á este problema una explicación fisiológica muy copiosa; pero tan profunda que nos dejaría deslumbrados y estupefactos. Nosotros, si te parece, nos atenderemos al luminoso apotegma de Pascal : « Ni ángel, ni bestia » : es decir, que el hombre no es, en absoluto, ángel, ni completamente animal : tiene algo de animal y algo de ángel, fuertemente mezcladas ambas cualidades. De la influencia que ejerce el bienestar corporal en nuestras ideas y sentimientos, resulta que los manjares succulentos y los vinos escogidos consumidos sin exceso, nos incitan al altruismo y á las teorías. Ejemplo, entre otros, los banquetes evangélicos de Platón, de Jenofonte, de Ateneo, y, ejemplo también (*si parum licet!*) la cena, querida sobrina, que ofreciste en tu casa la última.

Se come muy bien en tu casa, Francisca. No sólo porque al paladar y el estómago se satisfacen admirablemente, sino también porque tu ingenio prevé muchos detalles que pasan inadvertidos para las mujeres. ¿Qué me importa una comida suntuosa si apenas dispongo de sitio; si las flores despiden un olor mareante; si me sirven demasiado de prisa, acechado por un criado imprudente que parece murmurarme al oído: « ¡ Termine pronto! »; si, sobre todo, entre los invitados, bastante numerosos, me colocan entre dos señores desprovistos á la vez de encantos é ingenio, que me hablan obstinadamente de mis libros que, además, confunden con los de mis compañeros?

¡ Lejos de tal placer! Prefiero cenar en mi casa frugalmente, sanamente, silenciosamente.

Tú, mi querida sobrina, congregas un pequeño número de invitados: diez, doce á lo sumo. La mesa está adornada con gusto: jamás el ramillete traído apresuradamente de casa de la florista vecina; tus ojos y tus dedos han combinado el hechizo. Tres platos — y nunca más — entre la sopa y los entremeses; no se obliga á terminar pronto, como si hubiera que tomar el tren. Siempre ofreces alguna novedad gastronómica que despierta la curiosidad de la cena, y, en fin, una elección meditada de invitados y no la heterogeneidad de tantas mesas parisienses. Con diez conversadores célebres puede resultar enojosa una cena: basta asociarlos mal. Cuando Dumas y Sardou se encontraban en la mesa, observábanse y, ni uno ni otro, decían nada: estos dos ingeniosos habladores se neutralizaban... Tú sabes reunir personas que se conocen bien, que experimentan placer viéndose; pero que, sin embargo, su conocimiento mutuo no es tan íntimo que les impida comunicarse algo nuevo. Para que la cena resulte animada, hace falta seguridad, alguna cosilla inesperada, ver caras amigas y una ó dos nuevas que nos sean simpáticas.

Y así fué tu última cena, Francisca. Y de ella guardaría un recuerdo completamente delicioso, si, al final, gracias á ese altruismo que resulta de una buena comida, no hubieses arrancado cierta promesa...

Mas para informarte del efecto que produjo en mi tu cena y del peligroso compromiso que se derivó de ella, ¿no será más sencillo abrir ante tus ojos mi diario para que leas lo que



anoté al entrar en mi casa?... Podrás así comprobar la fidelidad de mis recuerdos, y, estas notas sinceras, serán el mejor prefacio á las nuevas cartas que te he prometido.

\*\*

Acabo de cenar en casa de mi sobrina Francisca, calle de La Tour, donde vive desde hace cuatro meses. Piso bastante hermoso, en un edificio nuevo; seis mil francos de alquiler. Yo me obstino en añorar el hotelito que Francisca ocupaba en Versalles no hace mucho; sus altas habitaciones de arteso-

nados grises, su jardincito de árboles bicentenarios. Francisca y Máximo defendían, en contra de mi opinión, el *confort* de la moderna arquitectura parisiense. Ambos se han hecho partidarios de un modernismo que desalienta mi voluntad de no aparecer jamás retrógrado, sobre todo desde que Máximo ha dejado el ejército para consagrarse á la industria: « Casa Hautefort y C<sup>a</sup>, electricidad, instalaciones por consumo y por abono. » Le van muy bien los negocios, y, aunque su tren de vida — como el de casi todos los jóvenes matrimonios actuales — no es muy prudente, preveo que mi sobrinito Pedro, de cinco años de edad, llegará á estar un día ricamente dotado.

« La cena festejaba la inauguración de la nueva residencia, que Francisca ha arreglado con bastante buen gusto. Gracias á ella, el tercer piso de un melancólico edificio contemporáneo no es, de manera demasiado ofuscante, el piso de un cualquiera.

» Invitados : el matrimonio Laterrade (señora Laterrade y hermana de Máximo), el matrimonio Bertrand-Tasqué; el señor de Lespinat y su hijo Jorge.

» Los Laterrade estan ligados á Francisca y Máximo por esa amistad tan parisiense que se establece entre algunos matrimonios y que implica, sobre todo, la comunidad de fiestas y distracciones : palcos del teatro compartidos, la misma estación veraniega, los maridos socios del mismo círculo, etc. En el caso presente la amistad está reforzada por el parentesco, primero, y por recuerdos de la infancia, después : en la pensión Berquin, en el tiempo en que Máximo lucía su vistoso uniforme de alumno de la escuela militar, Lucía Despeyroux era amiga íntima de Francisca Le Quellien. Lucía casó poco tiempo después de ésta con un hombre de bastante más edad que ella, lo que no le impidió ser madre antes que su amiga. Hoy lo es de dos hijos : Noel, que cuenta once años y que cursa el quinto curso en el liceo Condorcet, y Simona, que sólo cuenta dos meses más que su primo Pedro Despeyroux... Mientras Francisca ha guardado casi intacta su silueta de soltera, Lucía ha engordado ligeramente; el rostro continúa siendo atractivo : una rubia

calmosa y un poco gruesa... Contraste análogo entre Máximo y Laterrade. Máximo, seco, ardiente, incapaz de reposo, más pronto en peligro de adelgazar que de ponerse grave y pesado; Laterrade, hijo de burgueses timoratos, renunció pronto á todo trabajo, é, inquieto siempre por el temor á las revoluciones, limitó su esfuerzo á administrar una buena fortuna y una hermosa propiedad — agricultura y caza — en Berri.

» Á pesar de estas diferencias, existe, entre las dos parejas, relaciones completamente cordiales. Para la próxima generación, Simona y Pedro, son ya amigos inseparables.

» Infinitamente más curiosa que los Laterrade, es la pareja Bertrand-Tasqué.

» Al día siguiente del traslado á la calle de La Tour, en ese piso nuevo en el que todavía los muebles aparecen colocados al azar, Pedrito fué presa brúscamente, en plena noche, de una crisis de differia aguda... Transtorno general... El médico de la casa, llamado por teléfono, no contesta... Máximo se acuerda entonces de que ha visto en el piso inferior una placa con este nombre : DOCTOR TASQUÉ. El afligido padre se precipita y bien pronto reaparece trayendo un hombre de unos cuarenta años de edad, de aire triste y afectuoso, que pasa el resto de la noche á la cabecera del enfermo, le inyecta suero, continúa sus cuidados los días siguientes, le salva. Reconocimiento de Francisca; visita á M<sup>ma</sup> Bertrand-Tasqué.

» ¿Quién es M<sup>ma</sup> Amalia Bertrand-Tasqué? Una rumana, casi doctora también, que interrumpió sus estudios para casarse con el doctor, viudo con una hija. Este *flirt* grave tuvo por escenario la Biblioteca de la Facultad... Amalia es una mujercita que no tiene nada de fea, de tez un poco amarilla, extraordinariamente cultivada, cuya belleza sólo merecería elogios si ésta como, en general, todas las cosas, no la elevase á la categoría de sistema. Amalia ha dado al doctor un hijo — Enrique — que cuenta actualmente cuatro años de edad, educado según los métodos más perfeccionados y al que Francisca y Máximo llaman irreverentemente « mecha científica ». La esposa del doctor vive en perfecta armonía con la hijastra, Silvia, hermosa joven de quince años.

» En cuanto á M. de Lespinat es un vecino de Laterrade en Berri : la mayor parte del año la pasa en su tierra de Ambleuse, en compañía de su hijo. Tipo de hidalguillo cazador, no está desprovisto de sensibilidad ni de cultura clásica. He tenido ocasión de visitar su casa de campo, cerca de Issoudun y he notado que posee una copiosa biblioteca. Su hijo Jorge, que vive con su padre y cursa sus estudios sin más profesor que éste, me parece felizmente dotado; á pesar de su timidez voluntaria, silenciosa, un poco enfurrñado, me complace mucho. Como el doctor, M. de Lespinat es viudo, pero no se ha vuelto á casar.

» Entre estas ocho personas, y yo nueve, después de los *foies gras* de Tolosa y del *chateau* Montrose 1899, se entabló la siguiente conversación que transcribo casi textualmente.

» LUCÍA (*M<sup>ma</sup> Laterrade*) — ...un galopín que no le interesan más que los aeroplanos; una hija que á los cinco años ha hecho despedir, gracias á su bonito carácter, tres institutrices : este es mi lote. ¡ Tú, querida Francisca, no has sabido apreciar tu felicidad durante los cuatro años de matrimonio sin hijos !

» FRANCISCA. — ¡ Si !... pero yo no quiero que me compadezcas. Pedrito es bueno como no hay otro, yo te lo aseguro...

» LUCÍA. — Muy bueno; pero casi tan mal educado como su prima Y; además delicado. Pasáis el tiempo temblando por su salud.

» FRANCISCA. — ¡ Bah ! Tengo confianza. El doctor Tasqué me lo salvará siempre. ¿ No es verdad, doctor ?

» DOCTOR. — Seguramente, señora... La puericultura realiza hoy verdaderas maravillas. Ahí tiene á nuestro Enrique que también nació débil y...

» M<sup>ma</sup> TASQUÉ, *orgullosamente*. — Levanta ya pesas de setecientos gramos.

» DOCTOR. — Y conoce los diez primeros ejercicios de la gimnasia Muller.

» M<sup>ma</sup> TASQUÉ. — Su sensibilidad, sin embargo, me inquieta... La menor observación le hace derramar abundantes lágrimas... Ayer, la idea de que habían matado un pollo para servirlo en la mesa, le quitó el apetito. ¡ Ah, es un alma !

» DOCTOR. — Yo combato esta tendencia por un procedimiento psicológico : una cura de emociones graduadas, cauterizadas inmediatamente por el razonamiento.

» Yo. — ¿ Á los cuatro años ?

» DOCTOR. — Nunca es demasiado pronto.

» M. LATERRADE. — En resumen, quien dice hijos dice miserias, angustias, fatiga para los padres. ¡ Luego se sorprenden de que los matrimonios modernos se ofrezcan estas alegrías á dosis moderadas ! Nosotros sólo tenemos dos hijos y se bastan para devorar nuestra vida.

» M. DE LESPINAT. — Yo sólo he tenido uno y llena toda la mía. Bien es verdad que la madre ya no existe.

» MÁXIMO. — ¡ Oh ! Usted ha sido un padre excepcional. ¡ Se ha bastado para educar á su hijo !... Con la mejor voluntad no todos pueden hacer lo mismo.

» M. DE LESPINAT. — Sin embargo, quizás fuera éste el verdadero sistema.

» Yo. — Á condición de que los padres estuvieran dotados de cualidades de educador como M. de Lespinat. El hecho de ser padre ó madre no confiere este genio particular. Ciertas educaciones dirigidas por los padres, suelen tener muy malos resultados.

» MÁXIMO, *irónico*. — ¿ Entonces, tío, cree usted que hay buenas y malas educaciones ?

» M<sup>ma</sup> TASQUÉ, *escandalizada*. — ¡ Señor Despeyreux ! ¿ Niega usted la influencia de una formación metódica del niño ? ¡ Eso es negar la ciencia moderna !

M. DE LESPINAT. — Nadie cree sinceramente que la educación sea ineficaz... Cuando se dice : « Las personas bien educadas », todos entiende que se alude á determinada clase social en la que reinan ciertas costumbres de educación. Esto equivale á admitir implícitamente que estas costumbres de educación influyen en los caracteres.

MÁXIMO. — Permitame... Se alude entonces á individuos que tienen buenos modales, que son corteses. Y, á juicio mío, esto no es educación.

» FRANCISCA. — Educación quiere decir también cultura del espíritu, instrucción.

« M<sup>ma</sup> TASQUÉ. — Y, sobre todo, cultura moral, de los sentimientos.

» LUCÍA. — La educación... la educación, todo el mundo habla de ella y á mi me parece que nadie sabe exactamente lo que es. En fin de cuentas, la educación, es pagar nodrizas primero; misas y criadas alemanas después; cursos y colegios luego: todo ello elegido al azar, como los pisos y las criadas. ¡ Porque la influencia de los padres no pesa mucho, créanme ! »

(La salida hizo reír. M<sup>ma</sup> Laterrade tiene un espíritu vivo é imprevisto que contrasta con su aire físico un poco lánguido.)

» FRANCISCA. — Esta Lucía no cree en nada. ¡ Qué anarquista ! Tío, sermonéela usted : dígame que la educación no es una quimera.

» YO. — ¡ Yo lo creo ! Estoy convencido, en efecto, de que la educación es una cosa positiva, una realidad; pero M<sup>ma</sup> Laterrade ha dado una forma ingeniosa á una gran verdad : el desarreglo de la educación en Francia : Observen : alrededor de esta mesa nadie está de acuerdo sobre el significado de la palabra, ni de la cosa. Para el doctor Tasqué, la educación es una ciencia, como la geometría. ¿ No es verdad ?

» M<sup>ma</sup> TASQUÉ, *con convicción*. — ¡ Cierto ! La educación es objetiva.

» YO. — Es decir, que sólo hay una educación, como sólo hay una geometría. Para Francisca y su marido la educación, es, sobre todo, la instrucción, la formación del espíritu.

» MÁXIMO. — Casi, casi. Yo veo que se puede enseñar á leer á un niño; pero dudo que le puedan enseñar á ser emprendedor y caritativo si ha nacido poltrón ó avaro.

» YO. — Para M. Lespinat, es la cultura de los buenos modales. Para M. Laterrade y su esposa es... el azar... el niño confiado á administradores, como una propiedad.

» LUCÍA, *sonriendo*. — Y teniéndoles que vigilar también un poco.

» YO. — ¡ Naturalmente ! Ninguno de ustedes, en resumen, se desinteresa de la cuestión. Todo el mundo tiene su doctrina; pero todas las doctrinas están en desacuerdo.

» M. DE LESPINAT. — ¿ No ha sucedido siempre lo mismo ?

« YO. — ¡ Oh ! El antiguo régimen ha conocido métodos de educación discutibles, pero generalizados. Fenelón representa un sistema; Rousseau, otro...

» M<sup>ma</sup> LATERRADE, *irónica*. — ¡ Ah, si !... El *Emilio*...

» YO. — No hablemos muy mal del *Emilio*. Vivimos bajo su vasallaje... muchas veces sin haberlo leído.

» LUCÍA. — ¿ Y por qué no se escribirá un nuevo *Emilio* adaptado al siglo xx ?

» YO. — Porque haría falta un nuevo Juan Jacobo, y, á pesar de todos sus vicios, el genio de un Juan Jacobo no es cosa corriente.

» FRANCISCA. — Pues bien, que nos den, sin genio, un buen libro sobre la educación.

» YO. — ¿ Buenos libros sobre la educación ? Pero si los hay á centenares. Sí... Francisca, libros contemporáneos, muy notables. Algunos firmados por nombres muy conocidos.

» DOCTOR. — Ruskin, por ejemplo.

» FRANCISCA. — Entonces ¿ por qué no los conocemos ?

» YO. — Ya ves que el doctor Tasqué los conoce. Y estoy seguro que también su señora.

» LUCÍA. — Si son libros para sabios nos da igual.

» YO. — La pereza del lector actual es increíble. El *Emilio*, en su tiempo, hizo furor : es un libro muy entretenido. En nuestros días pasa por aburrido.

» MÁXIMO. — Es muy grueso, demasiado compacto. Nosotros estamos muy atareados. Actualmente sólo leen las mujeres.

» YO. — ¡ Y no mucho !... Yo no conceptúo á M<sup>ma</sup> Tasqué capaz de leer *El Alma del niño*, de Preyer, un volumen en octavo, editado por Alcán.

No obstante, esta conversación, no interrumpió la comida. Tocaba á su término. Francisca se levantó, me tomó del brazo, y llevándome al salón me dijo :

« — ¿ Por qué no escribe usted ese libro sobre la educación ?

» — ¿ El *Emilio* menos el genio ? Porque haría un libro de tantos que no leería nadie, salvo los padres de la « mecha científica », que lo leen todo.

» — Yo también lo leeré. Tendrá tres lectores, lo que ya es un público. Además, su libro me será muy útil; porque, entre nosotros, yo educo á Pedro al azar, como mi cuñada Lucía educa á sus hijos.

» — Quizás eso sea lo mejor.

» — No lo crea usted. Además, ese libro me lo tiene prometido, tío. Sí, sí... al final de sus cartas sobre el matrimonio, usted me prometió las *Cartas á Francisca madre*.

» — Es ya tarde. Pedro tiene cinco años. ¡ Es un ángel !

» — Hablará usted de la educación á partir de los cinco años.

» — En ese caso el libro resultaría incompleto, cojo... Esperaré á que des un hermano á Pedrito.

» — ¿ Palabra formal ?

» — Palabra formal.

» — Pues póngase á trabajar en seguida. No le queda más que el tiempo justo.

» En un principio no comprendí muy bien. Luego, como mis ojos, involuntariamente inspeccionaron el cuerpo de mi sobrina :

» — ¡ Ah ! — dijo ; — todavía no se conoce mucho. ¡ Y sin embargo... cerca de seis meses !... Sea usted discreto. No lo sabe nadie más que usted y Máximo... Le dejo para ayudar á servir el café.

Francisca se alejó un poco; luego se volvió.

« — ¿ Está prometido ? » — dijo.

Yo tuve la debilidad de responder .

« — Está prometido... »

\*\*\*

Así, pues, turbado por los vapores del Montrose y el placer de complacerte, encantadora sobrina, he prometido...

He prometido ni más ni menos que una serie de cartas sobre la educación, á la manera de aquellas que te escribía no hace mucho sobre la vida de la mujer soltera, y, después sobre la de la joven esposa.

Luego que hice esta imprudente promesa, estudié por qué medios podría librarme de ella. Primero he hojeado libros... Si, por fortuna, uno de estos libros se hubiera adaptado á tus deseos y á mis doctrinas, ¡ qué suerte ! Te lo habría enviado inmediatamente : mi pereza y modestia habrían quedado satisfechas... ¡ Si, Francisca; mi modestia ! En conciencia, yo me digo y te digo : « Después de tantas obras eminentes, ¿ no es pedantería declarar que falta una y elegir para escribirla... á mí mismo?... »

¿ Por qué no ? Desafiemos el respeto humano y descubramos nuestro pensamiento. Yo creo que ninguna de las numerosas obras que acabo de leer ó releer es la compañera familiar de que tú y otras jóvenes madres lamentan la falta. Esta compañera familiar la encontraron nuestros abuelos en la *Educación de las jóvenes* de Fenelón; nuestras abuelas en la célebre obra de Rousseau. En el siglo XIX ningún libro análogo ha recogido las incertidumbres de las madres ni ha gobernado la formación de los niños,

Ninguno de ellos es — ninguno ha querido serlo — el amigo de la casa, un poco médico, un poco confesor, un poco... nodriza; el amigo fiel, razonable, documentado, reflexivo, que se le interroga, á la vez, sobre las cuestiones higiénicas y sobre los problemas de instrucción; que no se interesa menos por las faltas que por las gentilezas de los niños; al que se confía los proyectos del porvenir; á quien se confiesa, mejor que al marido, las tristezas ó desánimos pasajeros; en una palabra, el tío-consejero que desea toda Francisca madre.

Faltas de este consejero, las Franciscas modernas se sienten menos inclinadas, por adelantado, á la obra apasionada, sin embargo, de ser educadoras; después, cuando los hijos llegan, carecen de toda idea directora sobre la manera de educar...

Resultado : el desarreglo, ó, mejor, la anarquía que perturba la educación desde hace un centenar de años, y que se agrava á medida que las ideas religiosas ejercen sobre la mayoría una influencia menos imperativa.

Este libro que no existe, este *vade-mecum* de la educación

moderna, este manual familiar que tendría á honor madurar y escribir seriamente, me parece, querida Francisca, que lo veo, ó, mejor, que lo preveo claramente.

Sacará en provecho suyo la precisión actual de la ciencia; definirá un ideal de educación; pero un ideal, si así puede decirse, práctico, que tendrá en cuenta las contingencias presentes; no estará escrito en estilo elevado, poético, para ángeles.

Convencido de que es saludable tener en contra suya á los pedantes, este libro se esforzará en irritarlos más y más, excluyendo de él toda pedantería, toda pesadez. Tratará de ser para Francisca un compañero útil que no la aburra.

Se dividirá, como es natural, en las tres partes que componen la infancia : desde el nacimiento á los siete años; de los siete años á los doce; y de los doce á los dieciséis. Porque la infancia es, en suma, una pequeña vida que tiene infancia, madurez y vejez.

Así, pues, mi querida sobrina, imagino claramente el libro que te hace falta; imagino el estilo y el tono; hasta se me aparecen sus grandes divisiones.

— Entonces, pues — me dirás, — tome la pluma y comience á escribirlo.

— ¡ Ay, Francisca !... Entre el planeamiento de un libro y su ejecución, el paso no es tan fácil y rápido. Un libro que se imagina parécese á ese oasis quimérico que surge en el horizonte de las arenas ante los viajeros del desierto : palmeras, aguas corrientes, bosques de áloes y de plátanos. Á medida que se acorta la distancia, toda esta decoración se esfuma, desaparece : sólo queda vacío y arena... ¡ Ah, los hermosos libros que todos hemos entrevisto !

Pero el caso presente es para mí más formidable que los ordinarios.

¿ Qué pensarías tú, sobrina mía, de un pintor que sin haber visto jamás un oasis se dispusiera á pintarlo? Seguramente le juzgarías imprudente. Yo, pues, no tengo hijos; el niño nacido de mí, creciendo en mi casa, prolongando las ramas de mi vida es para mí un encantador y quimérico ensueño. ¿ No estoy expuesto á equivocaciones y errores?

¿ No me expongo, cuando menos, á inspirar desconfianza al lector? ¿ No me objetarán : « Qué nos puede enseñar este consejero que habla de oídas? »

Más que el miedo á que me juzguen de temerario, el temor de emprender un libro después de declarar que nadie ha acertado á hacerlo en nuestro época, me detiene ante la blanca cuartilla.

\* \* \*

En casos parecidos, Francisca, es decir, cuando no se sabe entre dos partidos por cuál decidirse, un moralista práctico aconseja sabiamente escribir los argumentos en pro y en contra, á medida que vayan surgiendo en nuestro espíritu. Será muy raro que al terminar no hayamos encontrado el mejor partido.

Ensayemos :

*Pro.* Fenelón no tuvo hijos y Juan Jacobo, si los tuvo (lo que no es seguro), limitó su experiencia práctica de padre educador.

*Contra.* Pero Juan Jacobo era un genio y el talento de Fenelón se aproximaba mucho á éste.

*Pro.* El escrúpulo en cuestión no ha detenido á espíritus de menos vuelo : por ejemplo M<sup>ma</sup> de Maintenón. Podría hacerse una lista copiosa y regocijante con los nombres de todos los educadores desprovistos de posteridad.

*Contra.* La mayoría de estos educadores sin hijos habían participado de educaciones, ó, cuando menos, asistieron á ellas.

*Pro.* ¡ Muy bien ! Este... es mi caso. Si yo no he tenido hijos, no han faltado niños á mi alrededor, en mi familia, en mis relaciones íntimas, y, precisamente de todas las edades, desde el nacimiento hasta los dieciséis ó diecisiete años. No incluyamos el « proyecto » de Francisca... Su Pedrito se ha educado á mis ojos; he participado de las angustias de sus enfermedades; he gustado las alegrías de su convalecencia; le he amado y conocido como á un hijo. Tanto

como á él quiero á su primita Simona. He observado mucho á Noel, hermano de Simona, el alumno de Condorcet; él, á su vez, me ha documentado sobre la nueva generación infantil... ¡Qué hermosa cosecha de observaciones me ofrece también la familia del doctor Tasqué! ¡Qué de notas encuentro sobre la hija de su primer matrimonio, la atrayente Silvia, y sobre el producto del segundo, la lastimosa « mecha científica! » Me falta el joven Jorge Lespinat, cuya ficha no figura en mi colección... Pero, en setiembre último, cazando en el campo, en la propiedad de los Laterrade, ¿no he tomado notas sobre los niños de la propiedad vecina (Clemente Martín, de cinco años, y su hermana Eugenia de dieciséis)?

Tantas notas tomadas durante mucho tiempo, en el curso de la vida y de las lecturas, significan, cuando menos, que el problema de la educación me ha cautivado siempre; sin una finalidad precisa me preparaba á tratarlo. Además, guardo un recuerdo singularmente exacto de mis sensaciones infantiles; he emborronado muchas páginas tratando de fijarlos, de comentarlos por puro placer. ¿No indica todo esto una especie de instinto, ó, cuando menos, inclinaciones pedagógicas? ¡Ah, la dama que cierto día (¿te acuerdas, Francisca?) (1), me calificó crudamente de « pillo » no estaba del todo equivocada.

*Contra.* ¡Sin embargo, para un teórico de la educación será muy útil tener el laboratorio en su propia casa, estudiar á niños que le pertenezcan, que vivan constantemente mezclados en su propia vida!

*Pro.* ¡Perfectamente! Yo estimo, por el contrario, que un padre de familia está doblemente expuesto al error. En primer lugar, ¿podrá él observar á sus hijos — ¡su obra querida! — con la libertad de espíritu conque un Enrique Fabre mira vivir á los coleópteros?... Y después, ¿no generalizará imprudentemente, no pensará : « El alma y las costumbres de mis hijos son la de todos los niños? » Esta

~~~~~  
(1) Véase *Cartas á Francisca casada*

última tendencia, que conduce á graves errores, es tanto más difícil de combatir, cuanto que los niños de una misma familia ofrecen siempre rasgos comunes *que sugieren la ilusión de la generalidad.*

El hombre sin descendencia está mejor colocado, al parecer, para observar los niños imparcialmente y sin limitarse á tal ó cual grupo. Desinteresado, su crítica ensancha todo lo que es posible el campo de investigación. Sinceramente creo que, si es apasionado por su estudio, un observador que carezca de hijos...

... Pero noto que no comparo imparcialmente el pro y el contra. Lo lamento. Mis deseos se transparentan : quiero escribir el libro que deseas. Y, hé aquí, mi querida sobrina, que el deseo de complacerte es la mejor razón. Un libro escrito con gracia, no siempre es bueno; pero el que se escribe á disgusto, es irremisiblemente malo.

Escribiré el libro. Lo más que puede ocurrir es que vaya á aumentar el montón de libracos sobre educación jamás leídos ni practicados que en este momento invaden mi cuarto de trabajo.